

Introducción

Cualquiera que haya ido alguna vez a Jones Beach, en Long Island (Nueva York), habrá tenido que pasar por debajo de varios puentes en su camino hacia el océano. Dichos puentes, construidos principalmente para permitir el acceso y la salida de la autopista, presentan una característica poco habitual. Formando un ligero arco sobre el tráfico, cuelgan a una altura extraordinariamente baja, dejando a veces menos de tres metros de espacio libre desde el asfalto.

Este extraño diseño obedece a una razón. En la década de 1920, Robert Moses, un influyente urbanista neoyorquino, deseaba preservar su recién construido y galardonado parque nacional de Jones Beach como un coto privado para estadounidenses blancos y ricos. Sabedor de que su clientela preferida se dirigiría a la playa en sus automóviles privados, mientras que la gente de los barrios negros pobres lo haría en autobús, intentó limitar deliberadamente el acceso mediante la construcción de cientos de puentes de baja altura a lo largo de la carretera; demasiado bajos para que los autobuses, de más de tres metros y medio de altura, pudieran pasar por debajo.¹

Los puentes racistas no son los únicos objetos inanimados que han ejercido un silencioso y clandestino control sobre la gente. La historia está llena de ejemplos de objetos e invencio-

nes cuyo poder va más allá de su propósito declarado.² En ocasiones este se halla deliberada y maliciosamente incorporado en su propio diseño, pero otras veces es el resultado de omisiones irreflexivas: baste pensar en la falta de accesos para sillas de ruedas en algunas zonas urbanas. A veces es una consecuencia involuntaria, como en el caso de los telares mecánicos del siglo XIX: estos se diseñaron para facilitar la creación de tejidos complejos, pero al final el impacto que tuvieron en los salarios, el paro y las condiciones laborales posiblemente los hizo más tiránicos que cualquier capitalista victoriano.

Los inventos modernos no son muy distintos. O si no, que se lo pregunten a los habitantes de Scunthorpe, en el norte de Inglaterra, que se vieron imposibilitados de abrir cuentas en AOL cuando el gigante de Internet creó un nuevo filtro para evitar el lenguaje soez que vetó el nombre de su ciudad.^{3*} O a Chukwue-meka Afigbo, el nigeriano que descubrió que un dispensador de jabón automático liberaba su dosis sin problema cada vez que su amigo blanco colocaba la mano debajo, pero se negaba a reconocer su piel más oscura.⁴ O a Mark Zuckerberg, que al escribir el código de Facebook en su habitación de la residencia universitaria de Harvard, en 2004, nunca imaginó que un día se acusaría a su creación de ayudar a manipular votos en distintas elecciones en todo el mundo.⁵

Detrás de cada uno de esos inventos hay un algoritmo. Los algoritmos, las piezas invisibles de código que constituyen los dientes y engranajes de la moderna era de las máquinas, han dado al mundo toda clase de cosas, desde los medios sociales hasta los motores de búsqueda, pasando por la navegación por satélite o los sistemas de recomendaciones musicales, y forman parte de nuestra infraestructura moderna tanto como los

* El incidente se debió al hecho de que el nombre de la población contiene la secuencia de letras *cunt*, lit. «coño», lo que hizo que el algoritmo de AOL lo vetara. [N. del t.]

puentes, los edificios y las fábricas. Están en nuestros hospitales, nuestros juzgados y nuestros automóviles. Los utilizan las fuerzas del orden, los supermercados y los estudios de cine. Han aprendido nuestros gustos y aversiones; nos dicen qué ver, qué leer y con quién salir. Y al mismo tiempo poseen el poder oculto de alterar lenta y sutilmente las pautas que dictaminan lo que significa ser humano.

En este libro descubriremos la amplia gama de algoritmos de los que dependemos de manera creciente, aunque quizá no seamos conscientes de ello. Prestaremos especial atención a sus pretensiones, examinaremos su poder no declarado y afrontaremos las preguntas —todavía sin respuesta— que plantean. Estudiaremos algoritmos utilizados por la policía para decidir a quién hay que detener, los cuales nos obligan a elegir entre proteger a las víctimas de los delitos o la inocencia de los acusados. Conoceremos algoritmos utilizados por los jueces para decidir las penas impuestas a los delincuentes convictos, que nos invitan a decidir cómo debería ser nuestro sistema judicial. Descubriremos algoritmos utilizados por los médicos para anular sus propios diagnósticos; algoritmos inscritos en coches autónomos que nos exigen que definamos nuestra moralidad; algoritmos que pesan en nuestras expresiones de emoción, y algoritmos con el poder de socavar nuestras democracias.

No estoy argumentando aquí que los algoritmos sean intrínsecamente malos. Como comprobará el lector en estas páginas, hay muchas razones para ser positivos y optimistas con respecto a lo que nos aguarda. Ningún objeto o algoritmo es bueno o malo en sí mismo. Lo importante es cómo se utiliza. El GPS se inventó para lanzar misiles nucleares, y hoy ayuda a entregar pizzas. La música pop, reproducida interminablemente, se ha utilizado como instrumento de tortura. Y por muy hermosa que pueda llegar a ser una guirnalda de flores, si de verdad lo quisiera podría estrangular a alguien con ella. Formarse una opinión

sobre un algoritmo implica entender la relación entre el humano y la máquina, dado que cada uno de ellos se halla inextricablemente unido a las personas que lo construyen y lo utilizan.

Eso significa que, en el fondo, este libro trata de los seres humanos. Trata de quiénes somos, a dónde vamos, qué es importante para nosotros y cómo eso está cambiando por medio de la tecnología. Trata de nuestra relación con los algoritmos que ya están aquí, trabajando en colaboración con nosotros, potenciando nuestras habilidades, corrigiendo nuestros errores, resolviendo nuestros problemas y creando otros nuevos en el camino.

Trata de la necesidad de plantearse si un algoritmo tiene un beneficio neto en la sociedad. De cuándo deberíamos confiar en una máquina por encima de nuestro propio juicio y cuándo deberíamos resistir la tentación de dejar que las máquinas tomen el control. Trata de la necesidad de forzar a los algoritmos a mostrarnos sus entrañas y descubrir sus límites, y observarnos detenidamente a nosotros mismos y descubrir los nuestros; de separar lo bueno de lo perjudicial, y decidir en qué clase de mundo queremos vivir.

Porque el futuro no es algo que simplemente ocurre. Somos nosotros quienes lo creamos.